

# Jero García

## Cola de lagartija



temas de hoy

JERO GARCÍA  
COLA DE LAGARTIJA

© Jero García, 2023  
Edición a cargo de Gema Moraleda

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2023  
ISBN: 978-84-19812-05-6  
Depósito legal: B. 18.350-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Carabanchel Bajo. 1976.

—Que quiero jugar.

—Que no.

—Pues o juego yo o aquí no juega ni Dios.

—Pero es que no se puede jugar contigo, Cola.

—¿Y por qué no?

—Pues porque no, porque siempre acabas a golpes.

—Quejica.

—¡Pues anda que...!

No acabó la frase. Cola, que a sus seis años manejaba mejor los puños que las palabras, lo tumbó con un directo de izquierda, dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo. Los espectadores de la escena no se hicieron de rogar y empezaron a perseguir-

lo. Mientras el agraviado, aún confundido, se frotaba la mandíbula y contenía las lágrimas, sus amigos iban ya dispuestos a vengarlo. El chiquillo comprendió que había cometido un terrible fallo de cálculo. Ellos eran muchos y él estaba solo. Vivir en un tercero sin ascensor le había dado buenas piernas, pero aquella vez iba a necesitar más que eso para librarse.

Con la sangre palpitando en las sienes, esquivó un camión. Y luego otro. Su plan era llegar al descampado, perderlos detrás de la montaña de escombros y salir por el otro lado para intentar llegar a casa. Pero al oír la primera piedra supo que era un esfuerzo inútil. La segunda golpeó el suelo cerca de sus pies. La tercera la notó en la cabeza. Casi en la nuca. Gritos de alegría y desbandada general de los perseguidores. Solo en medio de la calle, se echó la mano a la cabeza y notó el calor de la sangre. Su madre lo miró con hastío al abrir la puerta y encontrarse el cuadro. Resignada, lo llevó al practicante del barrio. La cosa se saldó con varios puntos de sutura y una cicatriz que asomaría toda su vida cuando llevara el pelo corto. No era la primera y tampoco sería la última.

Por algo lo llamaban Cola de lagartija.

Cola de lagartija.

Nadie recordaba quién le había puesto ese mote, pero le iba como anillo al dedo.

Tanto, que ya nadie usaba su nombre de pila. Ni siquiera su madre.

Y es que no paraba quieto.

Daba igual lo que hiciera o cuánto lo intentara. Daba igual que lo abroncaran o lo castigaran. Daba igual que su falta de temple le costara a menudo alguna hostia. Era superior a él. Por las mañanas, su madre le atusaba el pelo negro azabache y le hacía salir de casa con los calcetines subidos y la camisa por dentro del pantalón. Pero aquella estampa de niño bueno desaparecía antes de llegar siquiera al colegio.

Porque era puro nervio.

Vivía en alerta permanente. Su cuerpo estaba siempre tenso como la cuerda de un arco. No tenía paciencia con nada ni con nadie. Nunca supo contar hasta diez. Si le daban palmas, bailaba flamenco. Se levantaba de la cama enfadado y así pasaba el día entero, buscando culpables contra quienes descargar su ira. Cuando la cosa iba bien, se desfogaba; cuando iba mal, le tocaba esquivar pedradas. Pero eso le daba igual, porque lo importante en sí era la violencia. El chute de adrenalina de saberse en peligro, que era lo único que lo calmaba.

No entendía cómo lo hacían sus compañeros de clase para estar sentaditos y calladitos mientras la maestra se tiraba el rollo. Cuando él lo intentaba, se le disparaba la cabeza. Y la sensación de tener el cerebro a mil por hora era peor que los golpes. Así que había aprendido que la única forma de conseguir algo de paz era haciendo la guerra. Y eso, en un barrio como el suyo, donde imperaba la ley del más fuerte, tampoco estaba mal del todo.

Vivía muy cerca del parque de San Isidro. En un edificio de tres plantas que era casi un rascacielos en aquel barrio de casas bajas. Las calles sin asfaltar que lo rodeaban, con sus adoquines, sus montañas de escombros, sus camiones aparcados en cada esquina y sus farolas rotas constituían su territorio. A finales de los setenta, Carabanchel Bajo era un paisaje en construcción. Un barrio donde todos se conocían y la mayoría había llegado en busca de trabajo y un futuro mejor. Como Pedro, el padre de Cola, un segoviano que llevaba años haciendo más horas que un reloj para sacar a la familia adelante. Un hombre gris que madrugaba más que nadie y volvía a casa cuando ya era de noche. Siempre demasiado cansado para hacer nada aparte de comer algo y caer rendido en la cama.



Para el niño, su padre era una presencia borrosa, casi fantasmal. Nada que ver con su abuelo Gabriel, el padre de su madre, con quien solía pasar los fines de semana en su casa de El Pardo. Admiraba a su abuelo más que a nadie. Él era el único que le entendía. El único con quien se podía hablar. El único que siempre estaba a su lado. Para lo bueno y para lo malo. Para los piropos y las broncas. Para darle regalos y decirle que no. Los ratos que pasaba con él suponían el mejor momento de la semana. En el comedor de su casa, se sentía en paz. Su talante callado y retraído se aflojaba en presencia del abuelo. Con él sí que hablaba, pero, sobre todo, le escuchaba. El abuelo era su faro.

Una de sus actividades preferidas consistía en sentarse frente al televisor, las piernas bajo los faldones del brasero, a ver combates de boxeo. El abuelo era un gran aficionado al Noble Arte y le gustaba compartir aquella pasión con su nieto. Quizá por eso se le daba tan bien al chiquillo lo de pegar y dar el paso atrás. No era casualidad ni instinto, sino más bien observación.

Cola recordaba con total claridad la primera vez que había visto un combate en vivo. Tenía cinco años. Eran las fiestas patronales, y en la plaza de El Pardo se había instalado un cuadrilátero de doce cuerdas. De la mano de su abuelo, no había podido apartar sus ojos claros de aquellos hombres sin camiseta que, bajo los focos, sobre la tarima brava, con la piel empapada en sudor y las manos enguantadas, se enfrentaban por un poco de gloria. Tipos rudos y manchados de sangre, su-

perhéroes de barrio, dioses de un Olimpo terrenal y alcanzable.

Aquella imagen quedó grabada a fuego en el cerebro del crío.

Él aún no lo sabía, pero su suerte estaba echada.